

»santo Israel, será llamado Dios de toda la tierra (1).»  
Ved señores aclaradas las promesas hechas á Abraham, y descubiertas las promesas del Señor en el Paraiso.

Yo paso en silencio otras mil predicciones, y entre ellas las clarísimas de Jeremías, que llora anticipadamente al ver en espíritu los tormentos y la muerte que el Redentor habia de sufrir por manos de los ingratos judíos. Leed, mis hermanos, esas lamentaciones que canta con tono lúgubre la Iglesia en el tríduo de la semana mayor, y vereis si demuestran claramente los acontecimientos que en aquellos dias recordamos. Y no deteniéndonos tampoco en muchos de los capítulos de la profecía de Daniel, oigamos tan solo las palabras que le dirige el ángel Gabriel. «Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado y sea borrada la maldad y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: Desde que la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez reedificada hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo, y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastacion, y acabada la guerra vendrá la desolacion decretada. Y el Cristo afirmará su alianza, y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desola-

(2) Ibid. cap. II y LIV.

»cion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.»

Tales son, señores, las mas notables entre las profecías del Testamento antiguo. Réstanos tan solo ver si ellas han tenido cumplimiento en la venida de Jesucristo, á quien adoramos como á nuestro Dios y Redentor. Esto dará materia á la segunda parte del discurso, para lo que espero me sigais prestando vuestra piadosa atencion.

#### SEGUNDA PARTE.

No hay duda, señores: Jesucristo á quien los judíos crucificaron, es el anunciado en todas las profecías. Maria, su Madre, es aquella mujer ofrecida en el Paraiso que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente: un privilegio singular no concedido á ninguna otra criatura, concibiera libre y exenta del pecado original, el demonio por consiguiente no tuvo parte ni por un momento en la elegida por la Santísima Trinidad para Madre del Mesías: quebrantó la cabeza al enemigo infernal con la produccion de un hijo, que siéndolo suyo, lo era eternamente del Padre: un hijo que se revistió de nuestra naturaleza para padecer en ella, y en quien tuvieron exacto cumplimiento todas las profecías. ¿Qué habia anunciado Jacob? «No será quitado el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual será la espectacion de las gentes» En efecto, ¿cuándo se verificó esta profecía sino en la época misma del nacimiento de Jesucristo? Si esta profecía llevaba envuelta la destruccion de un pueblo, observad al de Israel sin trono, sin monarca, sin ley, errante por todas partes, y sin formar pueblo

en ninguna. ¿Cuándo salió el cetro de Judá? En la misma época, en el mismo siglo en que Jesucristo aparece en el mundo. Con la muerte de Antígono, que acabó su vida en un patíbulo, merced á las pérfidas maquinaciones de Herodes, quien para este efecto se habia puesto de acuerdo con M. Antonio, pereció el último descendiente de los Macabeos, concluyendo la dominacion de los Asmoneos, que duró 126 años segun un escritor antiguo (1). Estos grandes trastornos ocurridos en el pueblo judío, permitiélos Dios para que tuviesen cumplimiento las profecías, pues que Herodes que entró á ocupar el trono, y á quien hasta los atenienses dieron el nombre de *Grande*, era de origen idumeo: luego faltó el cetro de Judá 37 años antes de la venida de Jesucristo. ¿Apareció por aquel tiempo algun otro personaje á quien pudiéramos reconocer como Mesías, libertador de la humanidad?

Isaías habia ya anunciado la predicacion del Bautista, las virtudes de Jesucristo y sus grandes milagros. Pues bien: llegó el tiempo feliz destinado por Dios para la redencion del hombre, y el ángel Gabriel que habia de anunciar á la casta Virgen su alta dignidad de Madre de Dios, aparécese antes á Zacarías para anunciarle «que de Isabel su esposa, aunque estéril, habia de nacer un niño el cual le llamaria Juan. Grande, dice el Angel, será tu gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento, pues será muy grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni cerveza, y será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Convertirá muchos hijos de Israel á su Dios y Señor. Caminará ante él con el espíritu y virtud de

(1) Josefo, *Antiq.* Lib. XIV, cap. 28.

Elías, para volver los corazones de los padres hácia sus hijos, y á los incrédulos á la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto (1).» Realizóse el anuncio de Gabriel, y Juan Bautista fué el Precursor del Mesías á quien señalaba con su dedo. Cuando juzgaron si seria Cristo, Juan les dijo: «Yo en verdad, os bautizo en agua, mas vendrá otro mas fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego (2). Ved aquí cumplido otro de los vaticinios de Isaías.

Hicimos mencion de las profecías contenidas en los salmos, y no habreis olvidado que dijo David que en los dias de la venida del Mesías habria abundancia de paz. En efecto, las guerras habian concluido, y cuando apareció Jesucristo era general la paz y tranquilidad del mundo. César Augusto era monarca absoluto por haber conseguido el triunfo de M. Antonio y de Cleopatra, reina de Egipto. Dotado César de todas las dotes que deben adornar á un monarca para gobernar sus pueblos, consiguió elevar su dilatado imperio al mas alto grado de felicidad, de paz y de quietud. San Agustin nos dice hablando de esto. «Cristo nació reinando Herodes en Judea, y habiendo dado la paz á todo el mundo César Augusto que gobernaba el imperio romano (3).» Lo mismo afirma San Gerónimo, diciendo que «en el nacimiento del Señor habian las guerras dejado de turbar el mundo (4).» Hé aquí cumplida la profecía de David en esta parte:

(1) Luc. cap. I.

(2) Luc. cap. III, v. 16.

(3) Imperante Cæsare Augusto et per eum orbe peccato natus es Christus Aug. De civ. Dei. Lib. XVIII, cap. 46.

(4) Nascente Domino omnia bella cessase. S. Hier. in cap. II. Isaiaë.

veámosla cumplida en cuanto nos dice que los reyes le ofrecerán presentes, que le adorarán los reyes de la tierra, que le servirán las naciones, y que él dispensaría sus beneficios á pobres y desvalidos.

Y desde luego: Jesucristo que venia á enseñar á los mortales el camino de la humildad, no recuesta su cabeza sobre mullidos almohadones, ni dorada cuna, le ofrece descanso á su bendito cuerpo. Un pesebre es su lecho, y humildes pajas le abrigan. Esta señal de abatimiento da el ángel á los pastores para que vayan á prestarle adoracion (1). En medio de tanto abatimiento, y á través de un nacimiento tan humilde, las profecías debian cumplirse y Jesucristo debia en su misma cuna recibir justos homenajes de los reyes de la tierra, y así que iluminados por luz superior los magos, del significado de la estrella que se les presentara, caminaron desde su tierra á Belen, y arrodillándose en presencia del tierno parvulito, adoráronle y ofreciéronle oro, incienso y mirra. ¡Qué felices fueron en reconocer los primeros al Señor como Rey de Reyes y Señor de los que dominan! Por que los Padres nos advierten que le ofrecieron oro como á Rey, incienso como á Dios y mirra como á hombre. Ved aquí cumplida la profecía, y permitidme ahora que al tiempo mismo en que admiro la fé de los santos Reyes, no pueda menos de contemplar que ella confunde á la incredulidad y perfidia de muchos hijos de nuestro siglo. Los magos ven á Jesus en el estado mas pobre y abatido, y á una señal del cielo se humillan en su presencia y le rinden justos homenajes de adoracion, al par que nuestros incrédulos, despues de

(1) El hoc vobis signum: inveniatis infantem pannis involutem, et positum in præsepio. Luc. cap. II, v. 12.

tantas y tan luminosas pruebas, despues de contar su Iglesia cerca de diez y nueve siglos de estabilidad y de firmeza, todavía se niegan á reconocerle por verdadero Dios, y semejantes á los pérfidos judíos cierran sus ojos por no querer resistir los rayos de la verdad.

Empero nos apartamos involuntariamente de nuestro propósito, y no hemos concluido aun la aplicacion que venimos haciendo de las profecías á la sagrada persona de Jesucristo. El que se apareció en sueño á José el esposo de María, hizo por sí mismo la aplicacion á Jesus y á su Madre de la profecía de Isaías, en la que nos anunciaba el gran misterio de la Encarnacion. De este modo nos lo refiere San Mateo: «Hé aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir á María tu mujer, porque de ella ha de nacer el Espíritu Santo; y parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesus, porque él salvará á su pueblo de su pecado. Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el Profeta, que dice: Hé aquí la Virgen que concebirá y dará á luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros (1)» Contemplad ahora, mis hermanos, á Jesucristo agonizante bajo el peso de la cruz camino del Calvario, y vereis cumplidas aquellas proféticas palabras, «el principado ha sido puesto sobre sus hombros.» Traed por último á vuestra imaginacion la predicacion de los apóstoles, los triunfos de la nueva religion á través de las persecuciones, la ruina y destrozo de los ídolos: pasad trescientos años, y al ver la cruz enseñorearse sobre el Capitolio de la córte de los emperadores, y

(1) Mat. cap. I, v. 20 et seq.

ostentarse sobre la diadema de los monarcas, y vereis cumplidas al pié de la letra y con la mayor exactitud todas las predicciones de Isaías que antes citamos.

Con sentimiento y por no abusar de vuestra paciencia, renuncio á hacerlos ver lo claramente que pinta el mismo Isaías todos los padecimientos y tormentos de Jesucristo, segun nos lo refieren los evangelistas. Conténtome, pues, con advertiros que si quereis satisfaceros de esta verdad, leais con atencion el capítulo LIII, y os aseguro que leyendo lo que al escribirse eran tan solo yaticinios, se moverá vuestro corazon lo mismo que si lo leyeseis en los escritos de los evangelistas, que lo refieren como de pasado.

Hablamos tambien de la profecía de Daniel, cuyas semanas se cumplieron; y para contestar á los que disputan sobre el tiempo fijo en que deben empezarse á contar las setenta semanas, como asimismo de la época en que el cetro salió de Judá, nos valdremos de las mismas palabras de un sábio (1), cuyos pensamientos elevados nos han servido de guia. «¿Qué importan estas ideas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos antes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años antes ó veinte años despues, ¿será por eso menos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías ha pasado ya hace mucho tiempo? No hay, pues, fundamento en semejantes objeciones.»

No hemos hecho otra cosa que presentar cumplidas algunas profecías, el ir las enumerando todas seria asunto de una obra especial, y no lo es de un discurso, pues que quanto Jesucristo obró durante su vida,

(1) Frayssinuos.

todo estaba anunciado: su nacimiento, su predicacion; los grandes beneficios que dispensó durante su peregrinacion, cada uno de sus tormentos, su muerte en un patíbulo, su resurreccion gloriosa: todo estaba anunciado. Esto no ha podido menos de admirar á los sábios de todos los siglos, por mas que por otra parte hayan sido arrastrados por groseros errores: el mismo pueblo judío, enemigo de nuestra religion, conserva las profecías que la anunciaron al mundo. Un escritor, y por cierto algo preocupado contra el catolicismo, reflexiona sobre esto y esclama: «Esta religion tiene una ventaja de que ninguna otra puede gloriarse, y es haber sido anunciada muchos siglos antes de su manifestacion, una religion que conserva aun estos testimonios, á pesar de haber llegado á ser su mas cruel enemiga (1).»

Cristianos, habeis visto probada la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente la verdad de su religion por el cumplimiento de las profecías del Testamento Antiguo. Contemplad ahora vosotros los que mirais con indiferencia objetos tan sagrados, cuán digno de adoracion es Jesucristo y cuán augusta esta religion, que mas fuerte que el arca de Noé salva á los que en ella se refugian del diluvio de calamidades y peligros que el mundo nos presenta á cada paso; y no descansaremos en los altos montes de la Armenia, si no que ella, si le somos fieles, nos conducirá al excelso monte de la gloria. Negar á Jesucristo, abandonar su religion, salirse de esta hermosa arca, es querer naufragar en las aguas de la perdicion. Ninguno llega al Padre sino por el Hijo, ninguno encuentra al Hijo

(1) Essai de philosophia morale por Maupertuis, cap. VIII.

fuera de su Iglesia. Jesucristo es el verdadero Mesías, es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo; tomó nuestra carne y en ella nos redimió, devolviéndonos la herencia del cielo que habíamos perdido, desatánndonos de las duras cadenas de nuestra esclavitud, haciéndonos en suma felices. No seamos, pues, ingratos y rebeldes; antes por el contrario procuremos ser buenos cristianos, cumplidores de la divina ley y exactos en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Hagamos públicos los homenajes de nuestra fé para confusion de los incrédulos, y así mereceremos que nuestro Redentor amabilísimo que nos abrió las puertas de la gloria con su muerte, nos conduzca á ella despues de la nuestra! para que uniendo nuestros ecos con los de los bienaventurados, cantemos las alabanzas del Excelso por los siglos de los siglos. *Amen.*

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

**La hipocresía, vicio farisáico, es detestable á los ojos de Dios, porque se opone á la verdadera piedad, que exige de nosotros que le adoremos en espíritu y en verdad.**

*Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.*

Este pueblo me honra con los labios:  
mas el corazon de ellos lejos está de mí.  
Math. cap. XV, v. 8.

Que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas, es una verdad que nos advierte la Iglesia, cuando le pedimos la fé, haciéndonos saber que así lo hemos de practicar, si queremos participar de la Bienaventuranza. Tal debe ser nuestro amor á Dios, y de tal modo nos hemos de aplicar á la exacta observancia de su divina ley, que no haya cosa alguna de la tierra que pueda separarnos de la caridad de Dios: así el apóstol San Pablo escribiendo á los romanos les dice; cierto